

**COMPROBAR CONTRA
ENTREGA**

**Discurso pronunciado por la Sra. Inas Miloud
En el debate abierto del Consejo de Seguridad sobre Violencia
Sexual relacionada con los conflictos
23 de abril de 2019**

Señor Presidente, Excelencias, colegas de la sociedad civil, Señoras y Señores,

Buenos días.

Soy Inas Miloud. Mi gente es la Amazigh o Bereber, y somos los habitantes indígenas de Libia. Nací en 1990 y crecí en Yefren, una ciudad Amazigh en las montañas de Nafusa, a unas cien millas de Trípoli.

Desde la revolución de 2011, he estado trabajando con mujeres y niñas indígenas afectadas por la violencia sexual y de género, así como con comunidades desplazadas y migrantes en Libia. Hoy represento no solo a mi gente, la Amazigh, sino a todas las mujeres en Libia. Hablo en mi calidad de presidenta del Movimiento de Mujeres Tamazight, una organización que realiza investigaciones y defiende las cuestiones indígenas en Libia desde una perspectiva feminista interseccional. También hablo hoy en nombre del Grupo de Trabajo de ONGs sobre Mujeres, Paz y Seguridad.

La semana pasada, la Conferencia Nacional de la Paz apoyada por la ONU, que estaba destinada a poner a Libia en el camino hacia la democracia y hacia las elecciones, tuvo que posponerse. Como lo señaló el Representante Especial de la ONU en Libia, Ghassan Salame, "no se le puede pedir a las personas que participen en la conferencia durante los disparos y los ataques aéreos".

Tras semanas del asalto militar del General Khalifa Haftar en Trípoli, y a medida que aumentan las muertes de civiles, miles huyen y la crisis humanitaria se agrava, pienso en mi comunidad, y no solo en las graves amenazas que actualmente enfrentan, sino en la realidad que han tenido que enfrentar durante décadas bajo el régimen de Gadafi. En 2011, salimos a las calles para exigir nuestra libertad, el fin a la represión y nuestro derecho a la democracia. Sin embargo, ocho años después del acuerdo político mediado por la ONU, mi país sigue envuelto en una crisis y nuestras esperanzas de cambio se han desbaratado. La reanudación del conflicto en 2014 provocó un aumento de la violencia sexual y amenazas a la seguridad de las mujeres, incluida la tortura sexual generalizada de mujeres y hombres, en particular de personas internamente desplazadas, comunidades indígenas y otras minorías, y de defensoras de los derechos humanos.

En 2018, recopilamos cientos de historias de libios de todo el país sobre sus experiencias de violencia sexual y de género, que afecta principalmente a mujeres y niñas. La mayoría de los testimonios proporcionados por hombres y mujeres describieron un patrón común de violencia física, violación, acoso sexual, abuso verbal, secuestros y violencia doméstica.

Sus historias resaltan dos hechos indiscutibles. Primero, las normas rígidas y patriarcales, amplificadas por la presencia de grupos armados y por la disponibilidad extendida de armas, son la causa central de la violencia de género y de la falta de seguridad para las mujeres. En segundo lugar, la violencia de género existe de forma continua, desde tiempos de paz hasta los períodos de conflicto, desde espacios públicos hasta en las vidas privadas.

A pesar del embargo de armas de la ONU, las armas continúan ingresando al país sin control. Debido a la disponibilidad generalizada de armas en todos los hogares, la violencia a menudo escala teniendo un resultado mortal. Las nociones patriarcales del honor familiar, acompañadas con el temor a las represalias, hacen que la violencia doméstica, así como la violencia sexual y de género, sea rara vez denunciada. Las mujeres indígenas están aún más marginadas debido a la discriminación arraigada contra nuestras comunidades que ha existido durante décadas.

Cientos de mujeres indígenas son víctimas de violencia sexual y de género simplemente por pertenecer a comunidades como los Toubou, los Tuareg y mi propia gente, los Amazigh. En 2016, mi amiga fue violada por un grupo armado en su camino desde Trípoli a las montañas de Nafusa en compañía de su hermano. Cinco hombres armados detuvieron su auto, comenzaron a golpear a su hermano y luego comenzaron a violarla. Le dijeron que las mujeres Amazigh merecen ser violadas.

He conocido a muchas otras, tanto en mi vida personal como a través de mi trabajo, que han sido víctimas de violencia de género, y sus historias permanecen envueltas en silencio. La crónica falta de denuncias debido al estigma, al miedo a las

represalias y a la falta de confianza en el sistema judicial alimenta la impunidad de los perpetradores en todos los lados del conflicto.

Para muchos en Libia, el desplazamiento interno se ha convertido en “un rasgo permanente de la vida”. El 48% del millón de migrantes internacionales en Libia son mujeres. Con las necesidades básicas humanas negadas, como un refugio seguro, alimentos y medicinas, las mujeres desplazadas, las niñas y niños pequeños son especialmente vulnerables a la violencia: son secuestrados y violados, a menudo en varias ocasiones, por diferentes perpetradores, incluidos grupos armados y actores estatales.

La violencia sexual y por motivos de género se comete de maneras que afectan tanto a las mujeres como a los hombres. Los hombres y los niños son atacados, especialmente en centros de detención y prisiones. En los centros de detención de Libia, una técnica de tortura comúnmente reportada consiste en obligar a los hombres a pararse en un círculo para observar la violación y, a veces, el asesinato de mujeres. Los hombres que se muevan o hablen son golpeados o asesinados. En la mayoría de los casos, no hay servicios para responder a las necesidades de las sobrevivientes, por no mencionar a los sobrevivientes masculinos. Una característica de la violencia dirigida contra hombres y niños, y una razón para su estigmatización, son los supuestos profundamente arraigados sobre la invulnerabilidad masculina. Desafiar las normas y actitudes perjudiciales de género que se aplican tanto a las masculinidades como a las feminidades, es esencial para abordar las causas fundamentales de la violencia de género y la militarización.

Señor Presidente,

Como en el caso de muchos libios, la revolución cambió mi vida. A través de la revolución, aprendí lo que significa ser una activista y el por qué de su importancia no solo para otras mujeres, o para mi propia gente, los Tamazight, a quienes se les han negado los derechos sociales, culturales y políticos durante siglos, sino para todos los libios.

La labor de las defensoras de los derechos humanos sigue siendo esencial tanto para la protección de los derechos humanos básicos como para la paz y la seguridad en Libia, así como para brindar servicios de asistencia vital a los y las sobrevivientes de violencia sexual y de género, tales como alimentos, atención médica y servicios gratuitos de asesoramiento. Sin embargo, los ataques contra ellas continúan en aumento: se han documentado más de diez casos desde 2017.

La violencia sexual y por motivos de género se utiliza sistemáticamente para intimidar y silenciar a mujeres activistas y figuras políticas. Las represalias por nuestro activismo y la criminalización de nuestro trabajo han llevado a severas restricciones a la libertad de movimiento, asociación y discurso. Numerosas organizaciones de mujeres simplemente han dejado de trabajar debido a tales hostigamientos y amenazas.

Facilitar la plena participación de las mujeres en la vida pública, como activistas, políticas o ciudadanas comunes, es un paso esencial para desafiar las creencias profundamente arraigadas sobre los roles de hombres y mujeres; por lo tanto, la participación es una condición necesaria para abordar adecuadamente la violencia sexual y de género contra todos los grupos.

Gravemente, el proceso de paz dirigido por UNSMIL excluyó en gran medida a las mujeres libias y a los grupos indígenas. Como resultado, el acuerdo político libio de 2015 no refleja muchos temas cruciales, como la igualdad de género, la violencia sexual y por motivos de género, el desplazamiento, las restricciones a la libertad de movimiento, en particular de las mujeres jóvenes, y el temor a represalias por el activismo en defensa de los derechos de las mujeres.

Cuando el Secretario General de la ONU, António Guterres, visitó Libia a principios de este mes, aunque muchas reuniones tuvieron lugar a puerta cerrada, no hubo una señal clara de que la sociedad civil hubiera sido invitada a participar. Esto refleja un patrón más amplio de desconexión entre los libios comunes y el proceso de paz dirigido por la ONU. No se puede construir la paz sin generar confianza en nuestras comunidades y tener una consulta significativa con la sociedad civil

Señor Presidente, la semana pasada, toda la familia de mi primo fue asesinada cuando su casa fue destruida durante el reciente bombardeo en Trípoli. El suyo es solo un ejemplo del costo que este conflicto ha tenido en las vidas de civiles. A medida que caen bombas en Trípoli y continúan los enfrentamientos en Alzizia y Zuwaya, los libios del común esperan que este Consejo hable con una voz unificada y tome medidas rápidas para evitar la crisis actual y poner a Libia en el camino de la paz.

Pedimos al Consejo de Seguridad que:

- Exija un alto al fuego y se asegure de que los civiles estén protegidos de los ataques. Acogemos con beneplácito los esfuerzos recientes en este sentido e instamos a todos los miembros del Consejo a garantizar que se respete el derecho internacional humanitario.

- Detenga la venta de armas que se utilizan para perpetuar la violencia, incluida la violencia sexual y de género. Todos los Estados miembro deben respetar el derecho internacional, incluido el Tratado de Comercio de Armas y hacer cumplir el embargo de las Naciones Unidas sobre todas las ventas de armas a Libia. Reconozca el impacto de género de las armas. La reforma del sector de la seguridad y el desarme, la desmovilización y la reintegración son urgentemente necesarios.
- Investigue todas las denuncias de violencia sexual de manera inmediata, imparcial y completa.
- Apoye a los sobrevivientes. Un enfoque centrado en los sobrevivientes significa garantizar tanto sus derechos como atender sus necesidades. Como prioridad, el acceso a servicios de asistencia vital y atención médica posterior a la violación, incluidos servicios integrales de salud sexual y reproductiva, anticoncepción de emergencia, la opción de servicios de aborto seguro y prevención y tratamiento del VIH.
- Proteger los derechos humanos de los refugiados y migrantes de conformidad con el derecho internacional.
- Condenar públicamente los ataques y amenazas contra los defensores de los derechos humanos, incluidas las defensoras de los derechos humanos, y desarrollar medidas de protección específicas en consulta con ellos para abordar la violencia que enfrentan debido a su trabajo.
- Garantizar que cualquier acuerdo de paz tenga en cuenta las cuestiones de género y proteja y respete los derechos humanos de las mujeres y las niñas, especialmente en lo que se refiere a la constitución, el sistema electoral, la policía y el poder judicial.
- Incluir de manera significativa a las mujeres, los pueblos indígenas y los jóvenes, y garantizar que puedan influir de manera sustantiva en todas las fases de la próxima Conferencia Nacional y las elecciones. Estos deben ser incluidos como tomadores de decisiones y no solo como observadores.

En conclusión, a medida que nos acercamos a casi 20 años desde la adopción de la Resolución 1325 del Consejo de Seguridad, insto a este Consejo a que vea la situación actual en Libia como una prueba importante a su credibilidad como comunidad internacional y lo que el progreso en esta agenda significa realmente para las mujeres, sobrevivientes y activistas, y sus comunidades sufriendo en el conflicto. Amina Megheirbi, una colega defensora de los derechos humanos originaria de Benghazi, se sentó en esta misma silla y pronunció una declaración en este debate abierto en febrero de 2012. El hecho de que hoy yo manifieste los mismos mensajes que ella pronunció en ese entonces, debería ser un claro recordatorio de que los esfuerzos de este Consejo para llevar la paz a Libia no han sido suficientes.

El régimen de Gadafi no solo reprimió a mi gente, los Amazigh, nuestra cultura y forma de vida, sino que también criminalizó el hablar la lengua Tamazight en público y prohibió que se enseñara en las escuelas. Haber crecido hablando un idioma prohibido significó aprender a luchar por mi propia libertad de expresión desde una edad muy temprana. Por lo tanto, no es un pequeño logro que me dirija a ustedes el día de hoy. Que estos esfuerzos no sean en vano.

Gracias.